

Las torres de Sancho



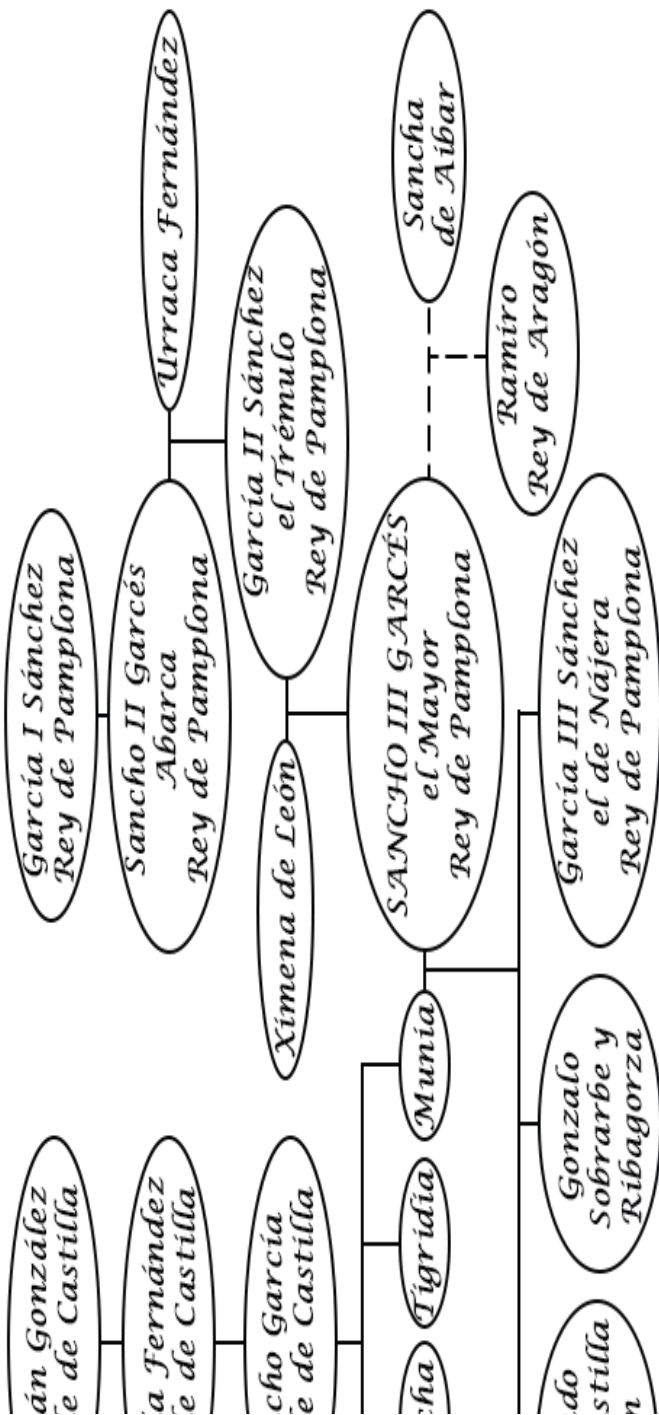
*Toti
Martínez
de Lezea*



La historia comienza en 1004 con la coronación de Sancho el Mayor de Navarra, que gobernó durante 31 años las tres cuartas partes de los territorios cristianos de la Península. El interés de la Iglesia de Roma por controlar el Camino de Santiago y las intrigas de Odilón, abad de Cluny para lograrlo; la construcción de monasterios y hospitales; la penetración en la Península Ibérica del arte románico; la ambición de los nobles; la vida de los vascos paganos de las montañas, así como la de los otros pueblos cristianos y musulmanes; los amores del rey y las desavenencias con su esposa, condesa de Castilla, son algunos de los temas tratados en esta historia novelada de una época fascinante y poco conocida. El rey Sancho murió asesinado en el año 1035 y a su muerte el gran reino creado por él fue repartido entre sus hijos, García (rey de Navarra), Fernando (primer rey de Castilla, León y Asturias), y Ramiro (primer rey de Aragón). Puede decirse sin error que Sancho el Mayor fue el fundador de las tres dinastías que gobernaron Reinos Hispánicos hasta el siglo XVI.

A nuestros amigos

FAMILIA DE SANCHO III GARCÉS EL MAYOR



LA FAM.

*Fern
Cond*

*Garcí
Cond*

*San
Cond*

*García
Sánchez*

*Fernan
Rey de Ca
y León*

Principales personajes de esta Novela

Personajes Históricos

SANCHO III GARCÉS, el Mayor, rey de Pamplona (1004-1035)

MUNIA DE CASTILLA, esposa de Sancho, madre de García, Fernando, Gonzalo y Jimena.

SANCHA DE AIBAR, amante de Sancho, madre de Ramiro.

URRACA FERNÁNDEZ, abuela de Sancho.

XIMENA DE LEÓN, madre de Sancho.

SANCHO GARCÍA, conde de Castilla, padre de Munia.

SANCHO GARCÍA, el Infante García, hermano de Munia.

YAYA IBN-AL-MUNDHIR, rey de Zaragoza.

ENEKO LÓPEZ, primer señor de Bizkaia.

GARSEA Azenáriz, primer señor de Guipúzcoa.

ODILÓN, abad de Cluny.

PATERNO, abad de San Juan de la Peña.

JIMENO, abad de Leire.

Personajes Ficticios

ARNOLDO DE BLANZY, caballero borgoñón.

CIPRIÁN, monje de Cluny.

JUAN, señor de Artaza.

ORIOLO JOHANIZ, señor de Izurun.

ULAKIDE, señor de Xemein.

GARAIBELLUZ, compañero de Eneko López.
ANDREGOTO, amante de Sancho.
URRIKA, hechicera vasca.





Le dolían las rodillas. Se levantó, las piernas se le doblaron y estuvo a punto caer de bruces. Se acercó hasta la puerta y comprobó que sus dos soldados sirvientes, Belasko y Gorrintzo, seguían allí. Dormían a pierna suelta a pesar del frío. Cerró suavemente la puerta para no despertarlos y volvió a su sitio, delante del altar, para seguir velando sus armas. No le agradaba nada estar en aquel sitio de noche. Las figuras pintadas sobre las paredes del templo parecían adquirir vida a la luz vacilante de las antorchas. Todo estaba silencioso como una tumba. Tenía la impresión de que en cualquier momento se le aparecería uno de aquellos fantasmas de los que le hablaba su ayo Fortuño. Extrañaba a Fortuño, el caballero amigo de su padre que había estado siempre a su lado y con quien había compartido su cama — y sus ronquidos— hasta que lo enviaron a Leire.

—Pronto serás rey, hijo mío —le explicó su madre—. Un rey debe saber muchas cosas que Fortuño no puede enseñarte. Con los buenos monjes aprenderás a leer y a escribir, a hablar correctamente en latín y, ante todo, a ser un rey cristiano y justo mientras tu tío Sancho Ramírez se encarga de los asuntos del reino.

Los últimos días habían sido muy ajetreados y estaba ansioso de que los siguientes pasaran de una vez por todas para volver a los juegos con sus compañeros y a las cacerías de gamos que tanto le apasionaban. Oriolo, el mayordomo de la reina, y el obispo Belasio se habían presentado en Leire, habían hecho una profunda reverencia y lo habían

llamado *Señor*. No le gustaba el obispo Belasio. Nunca miraba a los ojos directamente y siempre se empeñaba en hablar con él en latín, a pesar de que sabía que a él le costaba mucho entenderse en la jerga de los monjes. Tampoco le gustaba Oriolo Johaniz, pero no acababa de saber muy bien por qué.

Su tío Sancho Guillermo de Gasuña lo acompañó en su viaje de regreso a Pamplona. Le hacía mucha gracia aquel parentesco. Los habían enviado a los dos con los monjes al mismo tiempo. Tenían casi la misma edad y desde el principio dejó muy claro que nunca lo llamaría *tío*. Además, tampoco estaba muy claro que lo fuera porque, en realidad, Guillermo era primo de su padre.

—Así que soy primo-tío tuyo —le dijo el gascón un día en que ambos discutían sobre el lugar que cada uno tenía en la familia— porque el rey García y yo somos primos.

—¡Es ridículo! —exclamó él entre risas—. Mi padre es mucho más viejo que tú, así que no es posible que seáis primos.

—¡Sí lo somos! —respondió Guillermo, ofendido de que pudiera dudarse de su palabra—. Mi madre era hermana de tu abuelo Abarca y tía de tu padre a pesar de ser casi de la misma edad, por lo tanto yo soy primo del rey —concluyó satisfecho.

—Seas o no primo de mi padre, yo no pienso llamarte tío, que quede bien entendido.

No habían vuelto a discutir sobre su parentesco, pero había sorprendido a Guillermo un par de veces hablando de su sobrino con los *pueri oblati*. Le hubiera dado una buena paliza si no fuera porque el hermano del conde de Gasuña era más alto y bastante más fuerte que él. A pesar de todo, Guillermo era su mejor amigo y sintió una gran alegría cuando supo que harían el viaje juntos.

Se sentó sobre los talones tratando de cambiar de postura y pensó en su padre. Puso cara de circunstancias, pero no consiguió verter ni una sola lágrima, cuando el abad Ji-

meno le comunicó su muerte. Apenas si lo conocía. Muy pocas veces habían coincidido en los mismos lugares. En dichas ocasiones, el rey había estado siempre demasiado ocupado preparando nuevas campañas contra los musulmanes como para fijarse en él y dedicarle un poco de su tiempo.

—Tu padre te quiere y se ocupa de ti aunque no lo creas —le explicó su abuela Urraca un día en que se quejó porque había prometido llevarlo de caza y no había acudido a la cita—. Algún día lo comprenderás, querido Sanzio. Cuando seas algo mayor, tu padre te hará un sitio a su lado y compartirás con él su dura tarea. También tú serás rey y tendrás que ocuparte de defender el reino. No tendrás mucho tiempo para estar con tus hijos, pero no por eso será menor tu cariño hacia ellos.

Ahora su padre estaba muerto. Ya nunca podría hacerle un sitio a su lado. Se juró a sí mismo que él sí estaría siempre con sus hijos, con guerras o sin ellas.

Estaba a punto de quedarse dormido, aterido de frío, cuando oyó un gran estruendo. La puerta de la iglesia se abrió dejando paso a su abuela, a su madre y a los miembros del Consejo Real. Belasko y Gorrintzo se habían puesto en pie de un salto y se inclinaban profundamente ante las reinas. Estuvo a punto de echarse a reír al ver los dos traseros vueltos hacia él —¡qué ocasión para una buena patada!—, pero se contuvo. No era aquel momento para juegos.

Observó la comitiva que avanzaba hacia el altar. Todos llevaban puestas sus mejores prendas: túnicas largas o cortas de pesados tejidos, melotes y capas de piel de zorro, lince o nutria, zapatos finos, botines de piel, cadenas de oro y tocados de todos los tipos. Su madre vestía una túnica blanca bordada con hilos de oro en mangas y escote y su abuela una de color gris oscuro con bordados de perlas. Ambas llevaban capas de marta y tocas rizadas de viuda su-

jetas a la barbilla con un barboquejo hecho de la misma tela que los vestidos.

—Bueno, hijo —dijo doña Ximena con gravedad—, antes de que acabe el día serás el rey de los pamploneses.

—Y yo te besaré la mano —añadió doña Urraca con una sonrisa.

Miró a su abuela. Los años no pasaban para ella. Siempre la había conocido igual: menuda, erguida, sin apenas una arruga en el rostro terso y brillante. Nunca le había visto el cabello, pero se lo imaginaba blanco como hilos de plata que alguna vez fueron negros, o tal vez castaños. Siempre había estado a su lado, incluso más que su propia madre, y se dirigió a ella en la lengua de los vascones que ella había aprendido al casarse con su abuelo Abarca. Era hija de Fernán González, el héroe legendario y viuda por partida doble antes de su matrimonio con el rey de Pamplona. Había estado casada primero con Ordoño II de León y más tarde con Ordoño IV también de León y estaba emparentada con todas las casas reales de los reinos hispano cristianos. Sancho no se cansaba de escuchar las historias que le contaba la anciana señora sobre su abuelo Abarca.

—¿Por qué lo llamaban Abarca, abuela? —le preguntaba una y otra vez.

—Porque una vez tu abuelo, al mando de sus tropas, tuvo que atravesar los montes para enfrentarse a los francos. Había nevado mucho y los hombres no podían andar por la nieve. Algunos se resbalaban, otros se hundían y se calaban hasta las orejas. Entonces, tu abuelo dio orden de que los soldados calzaran abarcas como los montañeses. Si estos marchaban sin problemas, los otros también lo harían. Y, en efecto, así fue. Pudieron atravesar el paso y dar una buena lección al enemigo.

Después, doña Urraca sacaba de un arcón unas viejas abarcas muy usadas y las acariciaba con su mejilla.

—Estas eran las de tu abuelo. Desde aquel día, él y sus hombres siempre llevaron este calzado y por ello lo llama-

ron Sancho Abarca.

Cuando su abuela muriera, reclamaría las abarcas de su abuelo y las guardaría como un trofeo, al lado de todos los demás que conseguiría arrebatarse a los enemigos de Pamplona.

Escortado por su madre, su abuela y el resto de la comitiva, se dirigió al castillo. Allí le esperaba una tinaja llena de agua caliente y un par de muchachas dispuestas a restregarle el cuerpo con unos guantes de crin. Se dejó desnudar por ellas y se introdujo en el agua, sintiendo un gran alivio en su cuerpo frío y dolorido por la larga vela. ¡Qué distinto era aquel baño del que le hacían tomar todas las semanas en Leire! Él, Guillermo y los demás chicos tenían que frotarse el cuerpo con las manos y un rasposo jabón que hacían los monjes con grasa de cerdo y ceniza. Después, Huberto, el lego encargado de los baños, les echaba encima baldes de agua helada.

Notó que iba quedándose dormido, pero las dos muchachas no se lo permitieron. Entre risas y comentarios sobre su piel, blanca como la de una doncella, y su pequeño miembro que flotaba a la deriva en el agua, las dos jóvenes lo estregaron con un jabón que olía a romero produciéndole una deliciosa sensación de bienestar. Algo así debía de ser el Paraíso del que tanto hablaba Bibiano, el monje que lo instruía en religión.

Doña Ximena entró en la habitación y las risas de las muchachas cesaron al momento. Hizo que saliera de la tinaja y empezó a secarlo con un gran paño blanco. ¿Por qué tenía que hacer eso? ¿Acaso quería avergonzarlo delante de las jóvenes? Arrancó el paño de manos de su madre con un ademán brusco y acabó de secarse él mismo. Luego, se envolvió en él como si fuera una toga de las usadas por los romanos que había visto en un libro del monasterio y levantó el brazo derecho.

—*Salve Caesar* —dijo enfatizando el tono—. *Morituri te salutant.*

Aunque no habían entendido sus palabras, las dos sirvientas se taparon la boca para reír. Doña Ximena frunció el ceño.

—No es este el momento de hacer tonterías, Sancho —dijo con severidad al tiempo que recogía las ropas preparadas para la coronación—. Todo el mundo te está esperando para acompañarte a la iglesia. ¡Démonos prisa!

Trató de arrebatarse el paño, pero él se retiró unos pasos y alargó la mano para coger la ropa.

—Gracias, madre —dijo con una sonrisa, indicándole la puerta.

La reina lo miró durante unos instantes y después salió de la habitación. Las dos muchachas se acercaron a Sancho y le ayudaron a vestirse, sin risas ni comentarios sobre su piel ni sobre sus incipientes atributos.

—Tiene una habilidad especial para estropearme los buenos momentos —pensó el joven.

Le constaba que era una mujer extraordinaria y culta, aunque no tanto como su abuela Urraca, siempre pendiente de su marido y de su familia. Le había costado mucho alejarse de sus tierras de León y acostumbrarse a la rudeza de los vascones, poco dados a refinamientos y cortesías. No había querido aprender la lengua de su marido y siempre había hablado en romance con él y con sus hijos. Se había rodeado de hombres religiosos y gentes como Oriolo, su mayordomo, o García Velázquez, consejero de la Corte, que revoloteaban a su alrededor como los moscones en torno a la comida los días de calor.

A pesar de que su tío Sancho Ramírez se había hecho cargo del reino desde la muerte de su padre, estaba seguro de que, en realidad, eran su madre y su curia los que se encargaban de mover los hilos de la política pamplonesa. Los que habían decidido enviarlo a Leire y quitarle a su ayo Fortuño.

—Cuando sea rey me encargaré de poner a todos en su sitio...